María Zambrano y los poetas

Enrique Baena
Universidad de Málaga

Recibido: 13 de noviembre de 2017 *Aceptado: 5 de diciembre de 2017*

Abstract: This article seeks, through the thinking of María Zambrano, the relationship between modern poetics and philosophy inset into the field of critical comparatism. The philosophy occurs in the finding of essential places of poetry, whose main themes identified in the law of *ricorso*, going upstream and thereby invoking a back to the origins. Authors like Vico or Joyce participate of this sense that Zambrano, together with the conceptual union of creation and individual, extends to the greatest classical, modern and contemporary poets; from San Juan de la Cruz to Federico García Lorca and José Ángel Valente.

Key words: Poetics, simbolism, literary theory, comparatism, imaginary.

Resumen: El presente artículo, a través del pensamiento de María Zambrano, busca la relación entre la poética moderna y la filosofía, integrada en el ámbito del comparatismo crítico. La filosofía se halla en el hallazgo de los lugares esenciales de la poesía, cuyos temas principales se identifican con la ley del *ricorso*, del remontar corriente arriba, invocando así una vuelta a los orígenes. Autores como Vico o Joyce participan de este sentido, que Zambrano, junto a la unión conceptual de creación y persona, extiende a los grandes poetas clásicos, modernos y contemporáneos, desde San Juan de la Cruz a Federico García Lorca y José Ángel Valente.

Palabras clave: Poética, simbolismo, teoría literaria, comparatismo, imaginario.

La poesía, sea oral o escrita, es lenguaje. Mallarmé lo recordaba: está hecha sólo de palabras. Los componentes son unidades fonéticas arbitrarias pre y sobre determinadas por un uso consensuado, por significados y connotaciones frecuentes. Los temas principales favorecen, conforme a esta ley del *ricorso* el remontar corriente arriba invocado por Vico, Joyce o María Zambrano (Eguizábal, 1999: 147 y 55). La originalidad significa realmente así, una vuelta a los orígenes. Para María Zambrano la principal congruencia en el arte del lenguaje reside en el hallazgo de los lugares decisivos de la poesía, allí donde se encuentra la filosofía. Y en ese punto el concepto de creación se une más directamente a persona, pero también a personaje y yo poético. Los textos sobre los poetas clásicos, modernos y contemporáneos, es decir, desde San Juan de la Cruz, a Antonio Machado, Federico García Lorca, José Ángel Valente o Antonio Colinas, nos persuaden de la sustancia vital de la poesía, o sea de su peso existencial (Zambrano, 2000: 19-23). Y ello, en primer término, pasa por un enigma cognitivo, una metafísica de la presencia, que otro de los grandes exiliados, Eduardo Nicol, determinaba como el ser del hombre a través de su estar y su cambio (González Valenzuela, 1998: 61). Zambrano converge en ello: el hombre es el ser de la expresión; su forma esencial está en su propia presencia, incluida la obra, que no es sino pura expresividad. La presencia de Emilio Prados o de Miguel Hernández la sentía, la escribía como esencial María Zambrano. Presencia completa, entera, pura, en Prados ("como la de un ciego") que obstaculizaba incluso las categorías analíticas. Presencia de Hernández que no es recuerdo sino hecho viviente y verdadero del poeta, antecediendo las huellas de un compromiso fulgurante al sacrificio, casi una inmolación. Metafísica y expresividad se nutren, pues, de la presencia.

El poeta está entero en su rostro, en todas sus acciones, en todas sus creaciones. Esa unidad, o mejor esa búsqueda de la unificación, sólo se encuentra a través de las claves expresivas: la dialogía del *logos* que incorpora la intersubjetividad, la síntesis primordial —que es donde radica lo poético— entre los opuestos: lo absoluto-relativo, lo uno-múltiple, lo permanente-cambiante, la mismidad-alteridad. Una confrontación, un afán. Incluso el hombre de Ítaca, Odiseo, tomó primero forma en la voz del rapsoda: su sustancia natural fue el aire vibrante y el oído humano. Y esa vida sobrepasa la nuestra cruelmente. Lo hace en el tiempo. Nuestra existencia es breve y tiene fin. La persona engendrada por el poeta persiste durante siglos o milenios. Ninguna temporalidad ensombrece los Salmos, o la cólera de Moisés,

el porte lírico de don Quijote, la libertad de San Juan o el *Da-Sein* de Unamuno...

María Zambrano recala en la libertad y los poetas desde el anuncio trágico del exilio y, más tarde, en la mirada nómada y transterrada en cuya experiencia la realidad más y más se hacía múltiple (Blanco, 2009: 75-82). María Zambrano, la pensadora, captó indeleblemente esta complejidad, que alcanza lo universal para poder absorber lo concreto, en su ensayo sobre San Juan de la Cruz; un texto muy significativo a este propósito que comenzó a escribir en Barcelona cuando ya el exilio era el destino anunciado para su biografía y claves intelectuales. Escribe Zambrano:

> San Juan de la Cruz sale de la vida de España, de la de Castilla, y casi cuesta trabajo reconocerlo por su transparente universalidad. Hay que atravesar la transparencia de esa universalidad para llegar a la raíz misma de donde saliera; hay que recorrer el mismo camino que en su trascender de todo ("toda ciencia trascendente") recorriera, para tocar la necesidad que queda bajo su alto vuelo, la necesidad de su libertad, la sustancia donde prendiera esta llama que después parece haberla consumido enteramente. Y así nos encontramos ante dos sucesos: el vuelo, el trascender de una criatura mediante la mística y la poesía, y el que esta misma criatura, esta misma mística y esta misma poesía nos sirvan de clave, de señal inequívoca de la sustancia que lo engendrara, de la vida que lo forzó a tan alto vuelo (Zambrano, 1986: 186).

Lo que estaba en juego, en este momento fuera de España, era también el problema de la tolerancia ante lo intolerable. Es evidente que, en la respuesta de los exiliados, ninguno de los dos términos excluye la necesidad de descartar al otro. Ocurre, en efecto, una identidad nacional, pero al tiempo existe la identidad cultural. Para ser conducido a lo universal, imagen de lo múltiple y uno de los mitos más constantes en el exilio, no sirve el fenómeno de identidad con lo propio salvo que se dé el deseo de sumergirse tanto como sea posible en el sustrato cultural que a uno le identifica. Son las expectativas de María Zambrano cuando alude a la libertad sanjuanista, engendrada desde la propia vida que lo forzó a la búsqueda; una metáfora igualmente del exiliado, según la cual parece disiparse la misma existencia en aras de las formas creadoras, del texto que es identidad supracultural: "La existencia de San Juan es un no existir; su ser es al fin haber logrado no-ser" (Zambrano, 1986: 187).

San Juan, Cervantes...: el exiliado comprende cómo la audiencia universal no estriba en el cosmopolitismo superficial sino en aquellos autores que más profundamente se han fijado en su propia cultura. ¿Quién más español que Cervantes y más de nuestras raíces que San Juan? No existe incompatibilidad, pues, entre la identidad cultural y la universalidad, todo lo contrario. En cambio, sí hay discordancia entre la identidad cívica y la idiosincrasia de la pertenencia cultural. Es lo que María Zambrano sugiere en el "marcharse" de San Juan, logrado por la doble vía de la mística, del Carmelo, y de la poesía:

> Lo que ha conseguido en toda su pureza la mística de San Juan es algo negativo: eliminar, borrar, separar. Ascetismo es renuncia. Pero bien pronto sentimos que algo cruel sucede bajo la transparencia de su prosa purísima, algo que denota mayor actividad y que recuerda por analogía un proceso: el alma se ha devorado a sí misma, transformándose en alguna otra cosa (Zambrano, 1986: 187).

El correlato con que interpretamos las palabras de María Zambrano remite insistentemente a la metamorfosis que sufre el peregrino ahora exiliado, la soledad del místico es su misma soledad; la necesidad de escapar de ella, atravesándola, como una crisálida, su encierro, su alma —siguiendo a Zambrano—, concierne, igualmente al exiliado; la transcendencia que se encuentra en todo, habla a la vez del místico y del transterrado; no es posible la comunicación cotidiana con los seres y las cosas; se ha producido la reclusión de la mirada, lo que impele a buscar una salida. Parecería que no existiera o que sólo fuera la finitud; sin embargo, hay un más allá de la inmediatez, o en igual sentido, una penetración a la realidad más oculta de las cosas. Por eso el escenario fuera de la soledad nunca está vacío ni para el místico ni para el exiliado: la creación poética, el pensamiento creador, desvelarán el encuentro puro del sujeto con la presencia plena de la realidad. Así aflora la deseada lucidez, es decir, la línea clara de una visión singular que muestra las sustantividades como poesía, e igualmente, lo lírico en el mundo fenomenológico.

Este camino que conduce a la poesía, que nace de la admiración, que no persigue el poder ni el afán de dominio, remite a la unidad, que es el sueño del filósofo, aunque sólo ocurra en lo poético. La poesía se hace así en aquellas circunstancias un todo. Sin embargo, esa totalización no es abstracta, no es ninguna esencia esencial y ucrónica, no está fuera del tiempo, tampoco es un universal, o sea, no es lo indiferente o lo equivalente. En *Hölderlin y la esencia de la poesía*, Heidegger

se manifiesta en estos términos, y García Bacca, que lo edita, traduce y comenta, subraya la historicidad al entender que la poesía como esencia está enraizada, no se realiza en todos por igual, hay nombres propios, aunque sean casos ejemplares y discontinuos, privilegiados y sueltos; filósofos y poetas, esencias, pero históricas, chispazos: Platón, Aristóteles... Heidegger; Esquilo, Sófocles... Hölderlin... A. Machado... No obstante, la poesía es anterior a la filosofía primera; García Bacca así lo entiende haciendo manifiesto del mito de lo poético:

> La llamada *Metafísica* surge en un *Poema*: el de Parménides. Que no es un poema didáctico, cual el *Ars poética* de Horacio, monstruoso por la intención misma de unir arte o técnica con poética... Porque no es coincidencia, sino natural necesidad, el que la primera obra de *Metafísica*, madre de todas las demás hasta el presente, haya sido obra de un poeta: Parménides; y escrita, cantada, en versos hexámetros. Y fue el poeta-filósofo Parménides quien dio nombres fundadores y fundamentales al Ser, y quien invento las palabras *Ser, Pensar, Identidad... Dichtung ist das stiftende Nennem des Seins* (Heidegger). Poetizar es nombrar una palabra para el oficio de hablar del Ser... Por de pronto Parménides, hace ya sus buenos 2.500 años, dio cima a la faena inversa: levantar a estado poético la palabra fundamental de la metafísica: la del Ser (García Bacca, 1991: 47-48).

Pero lo heideggeriano reside más bien en el precio que exige el imaginario a cambio de la prodigalidad de sus dones. ¿Cuánto de Antonio Machado o de Unamuno se enriquece a la vez que los despoja? La construcción de lo irreal se venga metafísica y psicológicamente de las pretensiones cotidianas de la realidad, pero también lo real ejerce su magra influencia sobre la poesía. Ese es el sentido de la doctrina de Heidegger que María Zambrano encuentra en sus precedencias españolas: "Es una tarde cenicienta y mustia, destartalada, como el alma mía; y es esta vieja angustia que habita mi usual hipocondría..." en Machado. O la angustia ante la muerte unamuniana y su valor ético del consuelo de rebeldía (Gómez Blesa, 2003: 17-23).

Y, no obstante, sabemos con Schopenhauer que nuestro mundo es representación (*Vorstellung*). O, en otros términos, nuestras incertidumbres respectivas a la realidad son las mismas que se pronunciaron en los primerísimos intentos de sistematizar el pensamiento. La ironía de Jenófanes de que si las vacas tuvieran religión sus dioses tendrían pezuñas permanece sin refutar.

María Zambrano es heredera de una ruptura: no podemos volver a la inocencia epistemológica de los constructos cartesianos sobre la certeza, basados en la confianza y comprensibilidad de las relaciones entre el intelecto humano y el cosmos. Después de Rousseau, Nietzsche, Freud o Jung, nuestro sentimiento de interiorización resulta irresistible como visión y experiencia de lo seminal, lo irracional o lo imaginario.

En esta senda, respecto a los poetas, María Zambrano hizo sus propuestas avanzadas. Desde el Idealismo alemán hasta Husserl, con modelos en el fondo platónicos, los filósofos sostenían la abolición de la total separación ingenua entre sujeto y objeto, entre los procesos del yo perceptivo y el mundo exterior. Una tesis abstracta que Zambrano pone en duda añadiendo la toma de conciencia de estados intermedios. Los sueños, alucinaciones, delirio y fantasía limitan una zona fronteriza, donde habita la poesía, vasta y en penumbra, pero buscando la luz entre el yo y el objeto (Ortega Muñoz, 1999: 84). Y en ese ámbito sitúa la poesía de Federico García Lorca: en lo onírico, de principio a fin en su obra, más allá de las categorías provenientes del Modernismo o de su ruptura vanguardista.

Desde el sueño, potencia del alma, Zambrano ve a Lorca rescatando su latir recóndito, inmerso en la formidable causa del cosmos, lo que significa que, desde las raíces y la inmediatez, recorre los lugares privilegiados de la poesía, aquellos que afectan a esa dimensión cósmica de lo humano (Moreno Sanz, 2015: 381-388). Sensualidad terrestre y pulsión del universo que en *Poeta en Nueva York* se ofrece a la vista y al pensamiento, sin poder ser descifrado completamente, es decir, formando parte de un *yo en viaje* que es el recorrido del sueño creador.

Poesía y onirismo, "infancia y muerte", zonas de penumbra que gestan en los textos la aparición de la identidad, la mediación entre las fuentes del yo y la interpretación del mundo exterior (Abellán, 2006: 71). Y así, en la gran aportación de Zambrano como *razón poética*, desde Homero a Lezama Lima y Octavio Paz, o George Steiner, su palabra creadora se descubre también cercana a los sueños culturales, como el de Descartes o Jung, en sintonía con los sueños artísticos y literarios o los mismos sueños religiosos de origen bíblico. Es decir, su pensamiento, y en ello su visión de la voz de los poetas, nace en un tiempo dominado por el psicoanálisis individual de Freud y el subconsciente colectivo junguiano. Y así el conocimiento del hombre se desarrolla entonces bajo el signo del estudio de los sueños de tal forma que sus elementos meta-artísticos empezaron a fraguarse gracias a los trabajos de Bachelard. Y al tiempo se recuperan los pensadores cristianos que se

preocuparon por los sueños. Tertuliano, Alcuino, Sto. Tomás de Aquino, Salisbury. También de las fuentes helenísticas y latinas se dieron a conocer los relatos oníricos de Heródoto, Plutarco, Cicerón, así como los tratados sobre los sueños de Hipócrates, Aristóteles, Artemidoro de Éfeso, etc.

María Zambrano se integra en esta extraordinaria empresa de comienzos del XX para explorar la noche del hombre. No fue una peripecia cultural sin más, sino un gran esfuerzo que recorrió el primer tercio del siglo pasado para desvelar las innumerables claves de los sueños, en contacto también con los grandes tratados indios y árabes y la copiosa literatura china. Occidente descubrirá sus tinieblas. Nacía igualmente de ello el surrealismo al que Zambrano presta, en consecuencia, su atención a través de uno de los máximos exponentes en España, el citado *Poeta en Nueva York*. Escribía sobre ello: "La poesía y el sueño creador se identifican como lugares donde el sentido se manifiesta, el antes y el después no rigen enteramente. Lo que cuenta como aquí, es el centro, la oscura raíz del grito o del llanto". Se trata del mismo centro que encuentra María Zambrano en la poesía de Emilio Prados, una nuclearidad en la que el tiempo se abre hacia adentro (Zambrano, 2003: 532-533). Así la ve en el poemario *Circuncisión del sueño* donde la pensadora destaca los versos que le dan sentido: "En lo infinito, —escribe Prados—/ el tiempo vive su paloma abierta,/ el corazón sin nombre de su olvido".

El nuevo motivo que introduce con Prados sobre los poetas recala, pues, en el tiempo. Porque la creación de Prados no discurre mirando el tiempo sucesivo o el tiempo humano y vivido. La verdadera dimensión no consiste en recorrer el tiempo sino en quedarte en él, evitando la disociación entre el hombre y el ser, a riesgo de quedar sumergido en la totalidad.

De ese modo, María Zambrano entiende en el poeta malagueño un programa de poesía absoluta (Romero de Solís 2005: 232), por eso, la autenticidad de lo poético, lo absoluto, se declara únicamente en los confines de sí mismo, como si la verdadera poesía manifestara una afirmación al límite de sí misma, una auto-vocación que sólo se revela al ser cuando se acepta la presencia del final y la extinción. El poema, así, se reclama desde su *ya-no* a su *todavía*, y el poeta queda en plena soledad, dirigiéndose a una cita indefinida a la que nunca acudirá. La elucidación de ello no es sino descifrar que se trata de un segundo nacimiento. Es el centro que revela el ser como algo que nace porque el morir, el ir muriendo da comienzo, subraya expresivamente Zambrano.

De ahí que la principal tarea del poeta sea luchar contra las coacciones de la finitud. Y ese encuentro puede hallarse en la frontera del vacío, de manera que el arriesgado privilegio del poeta verdadero, que es una especie de observador secreto de la percepción, consiste precisamente en hacer de ese cruce de fronteras, a la vez clandestino y luminoso, una instigación a la plenitud, que comporta asimismo el comienzo del acabamiento. De esta forma, la íntima relación de la poesía y la finitud, refiere una cuestión central para María Zambrano, entendiendo en ello la individualización del acto estético y metafísico unido a la soledad de la propia extinción personal. Se trata en ambos casos de un aislamiento ontológico, de la soledad, de la *solitudo* latina que es su origen y que implica un exilio en la tierra baldía del yo, un apartarse de otras presencias humanas comparable al de un anacoreta. También connota *la noche del alma* que es mística, metafísica y poética, y a partir de ella el nacimiento de la obra produce luz o una oscuridad más densa si cabe (Ortega Muñoz, 2014: XLIV y ss.).

José Ángel Valente es expresión no sólo de la herida solitaria del lírico sino, también, para Zambrano, de "la luz remota y los estallidos nocturnos". Para el Góngora de las *Soledades* éstas no eran sino confusión. Lo saturniano, desde la antigüedad clásica, afecta a la faceta nocturna de la soledad, donde, como escribía Milton, pestañea en alguna alta y solitaria torre la lámpara del filósofo o del poeta. María Zambrano invoca la palabra de la verdad de ese camino que la convierte en "breve son", en la poesía del silencio cultivada por Valente, aunque también en una especie de amenaza que no conjura su vértigo. Y también en el ímpetu constante hacia la pureza, hacia la liberación de las ataduras de lo ya existente que compromete lo poético.

La filosofía y la literatura, la metafísica y la poesía, no se buscan más que a sí mismas. Una aspiración por otra parte, que define el platonismo y su herencia teológico-filosófica en Occidente, imponiéndonos un siempre desconcertante contrato con lo sagrado y lo transcendente (Pino Campos, 2005: 199 y ss.).

Y, sin embargo, por último, María Zambrano que es partícipe de todo ello, entiende igualmente que el lenguaje no permite lo inmaculado. El menos contaminado de los textos líricos o la más abstracta y metageométrica de las proposiciones de Spinoza no podrían romper con las impurezas de lo vulgar. Por eso, frente a esa retención del lenguaje, entiende Zambrano desde la filosofía, que lo que realmente importa en los poetas —la prosa puede dar la espalda al *urbi et orbi*— es el vigor de la energía desatada para liberarse de la referencia impuesta, prestada,

gastada (Zambrano, 2011:139 y ss.; Gómez Blesa, 2011: 74-76). Es el esfuerzo, en suma, por traspasar lo indecible, por atravesar con riesgo extremo el círculo de fuego, como hace elocuentemente el mudo Peregrino del Paraíso.

Obras citadas

Abellán, José Luis. *María Zambrano, Una pensadora de nuestro tiempo*. Barcelona: Anthropos, 2006.

Blanco, Rogelio. *María Zambrano: la dama peregrina*. Córdoba: Berenice, 2009.

Eguizábal, José Ignacio. *La huida de la Perséfone: María Zambrano y el conflicto de la temporalidad*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1999.

García Bacca, Juan David. "Comentario primero. Poesía y metafísica", en Martin Heidegger. *Hölderlin y la esencia de la poesía*, ed. y trad. García Bacca. Barcelona: Anthropos, 1991. 47-48. (1ª ed., 1944).

Gómez Blesa, Mercedes. "Unamuno-Zambrano: un pensamiento poético", prólogo a María Zambrano. *Unamuno*, Barcelona: Debate, 2003.

———. Introducción a María Zambrano. *Claros del bosque,* Madrid: Cátedra, 2011.

González Valenzuela, Juliana. "El ser que habla del ser (Metafísica y ética en Eduardo Nicol)", *Eduardo Nicol, La filosofía cómo razón simbólica*, *Anthropos*, n.º 3, extraordinario (1998).

Moreno Sanz, Jesús (dir.). "La poesía de Federico García Lorca", en María Zambrano. *Obra Completa*. I. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2015.

Ortega Muñoz, Juan Fernando. *La Vuelta de Ulises*. Madrid: Endymion (Ensayo), 1999. 84 (cap. sobre María Zambrano y Miguel de Molinos).

———. "Los existenciarios de la condición humana". Introducción a María Zambrano. *El exilio como patria*, Barcelona: Anthropos, 2014.

Pino Campos, Luis Miguel. *Estudios sobre María Zambrano: el magisterio de Ortega, las raíces grecolatinas de su filosofía*, Universidad de la Laguna, 2005.

Romero de Solís, Diego. "El corazón en la niebla", en Pedro Cerezo (ed.). *Filosofía y literatura en María Zambrano*, Sevilla: Fund., José Manuel Lara, 2005.

Zambrano, María. “San Juan de la Cruz (De la “noche oscura” a la más clara mística)”, en *Senderos*, Barcelona: Anthropos, 1986. p. 186. (Publicado originalmente en *Sur*, Buenos Aires, n.º 63, diciembre 1939).

———. *Filosofía y poesía*, México: FCE, 2000.

———. “El poeta y la muerte: Emilio Prados”, en Jesús Moreno Sanz (ed.). *La razón en la sombra*. Madrid: Siruela, 2003.

———. *Claros del bosque*. Madrid: Cátedra, 2011 (“El ser escondido - La Fuente”).